

GRANDES REFORMAS EN BOGOTÁ

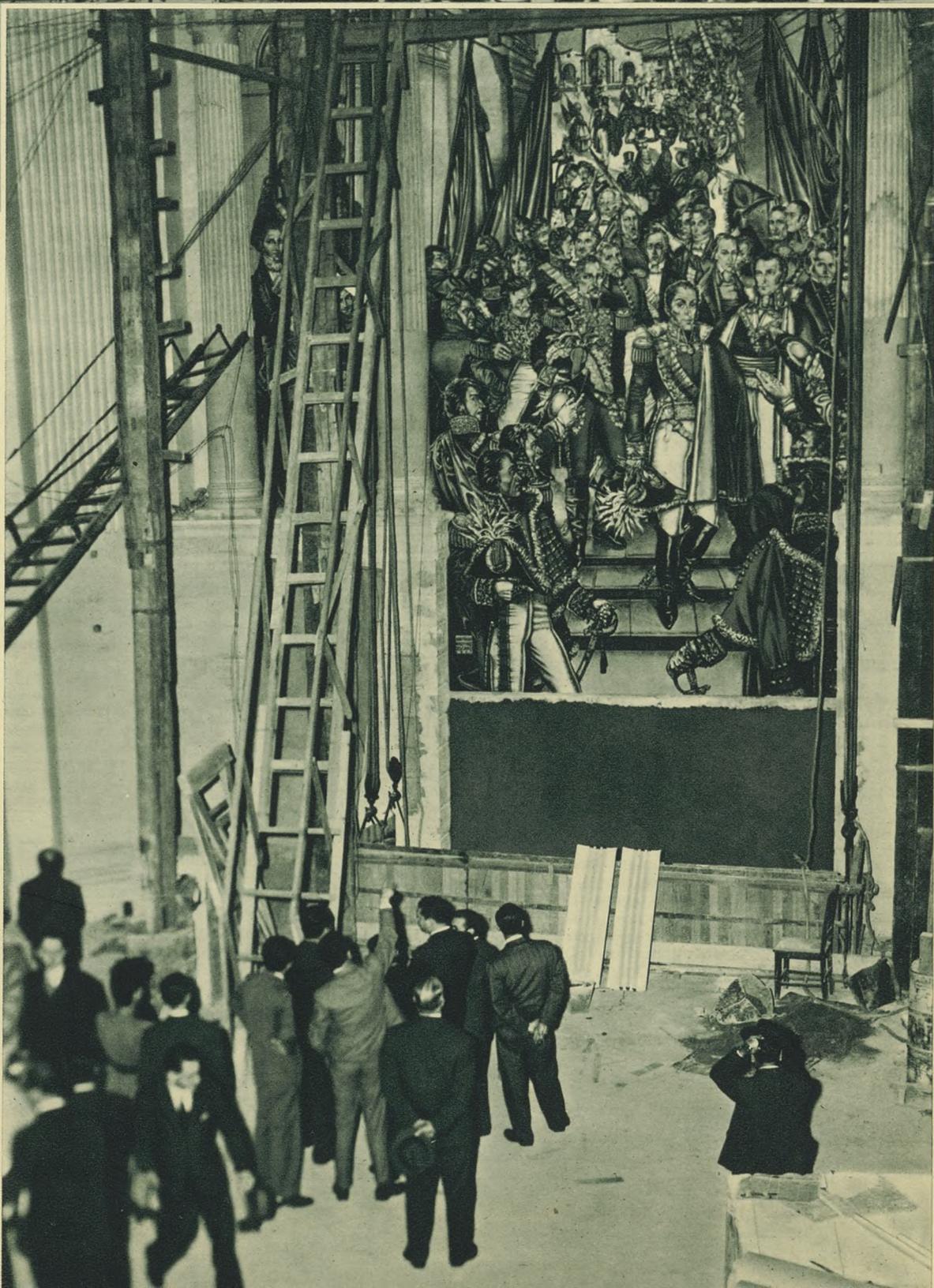


ANTE LA CONFERENCIA PANAMERICANA

CUANDO el presidente Alberto Lleras Camargo tomó posesión de su cargo, se clausuraba un convulso período de nuestra historia política. El país se había comprometido a efectuar en Bogotá la reunión de la Novena Conferencia Panamericana y, la enunciada agitación, había impedido realizar los preparativos que tal certamen suponía. Una vez en el poder, el doctor Lleras se enfrentó al problema. Y procedió a solucionarlo. Que no era fácil por cuanto la ciudad estaba, si se permite la expresión, prácticamente desguarnecida en materia de comodidades para cumplir su compromiso. Era necesario en el término de horas hacer un plan de obras concretas e indispensables. La conferencia hubo de aplazarse el Gobierno una primera vez para dar tiempo a la proyección y ejecución de las obras. Por segunda vez fué pospuesta a voluntad de la Unión Panamericana. Sin incurrir en hipérbole, la capital de Colombia puede presentarse decorosamente, ya que el esfuerzo realizado—el término es exacto—fué gigantesco.

Bien vale la pena de anotar, antes de entrar en materia, como dicen los oradores noveles, que en líneas generales ha habido un criterio hacia la tradición para realizar las obras. Hacia la tradición española, aunque bien es cierto que el llamado "modernismo" ha influido en muchos aspectos arquitectónicos. Hay algo en verdad, al recorrer los edificios, que memora los tiempos de la colonia, algo que trae como el aroma de los tiempos virreynales. Podría decirse que la capital vuelve los ojos a la raíz de su verdadera cultura, iniciada por don Gonzalo Jiménez de Quesada, estimulada por la fe católica, alimentada por la hidalguía castellana, fuente de su temperamento y de su espíritu. Bogotá irá cambiando con el paso de los años; continuará abriendo las puertas de par en par a sus inmigrantes de la provincia y del exterior, pero no perderá un ápice de ese espíritu que la ha colocado, espontáneamente, en el primer puesto de las ciudades colombianas.

En el Capitolio nacional de Bogotá, que encabeza esta página, tendrán lugar las sesiones de la Conferencia Panamericana. A la derecha: Fresco principal del salón central del Capitolio de Bogotá, obra de Santiago Martínez Delgado. Recoge una escena del Congreso de Cucuta, celebrado en 1821, y destaca a sus principales figuras: Bolívar y Santander. La foto recoge el momento en que el artista hace entrega de su obra.



LA QUINTA DE BOLIVAR

Reclinada en una ladera, al término de la ciudad, hacia el Norte, donde comienza el ascenso al cerro de Monserrate, está la quinta de Bolívar. Lleva este nombre porque Bolívar la habitó en sus años de triunfo, y en sus últimos días, en los del desaliento. Su tradición se remonta al año 1800, cuando don José Antonio Portocarrero la compró al capellán de la ermita de Monserrate, José Torres Patiño. Portocarrero contaba entre sus amigos de postín al virrey Amar; decoró los jardines, sembró alcaparros y árboles que sobreviven al tiempo y a las glorias de la finca, e hizo fácil "calembour" elaborando alguna frase con las flores del jardín: "Mi delicia es Amar". La hija del señor Portocarrero heredó la quinta y, cuando terminó la batalla de Boyacá, decidió ofrecérsela a Bolívar, como homenaje a sus victorias. Bolívar, en 1821, recorría la quinta, meditando en nuevas campañas; solía pasearse con un libro entre las manos o en conversación con sus amigos; o con su dama, Manuela Sáenz, cuya vida ha pasado forzosamente a los anales patrios. Transcurren los años... Bolívar entra y sale del país y, por última vez, se despide de su amable retiro bogotano hacia 1830, hace entrega de la casa a don José Ignacio París y prosigue su vida en otra quinta, la de San Pedro de Alejandrino. La historia de la quinta, de ahí en adelante, es caótica, y sus páginas están sobresaturadas de hechos sin importancia, o de importancia exclusivamente parroquial. Algún día, el buen sentido de nuestra Academia de Historia, resuelve adquirirla como reliquia nacional. Pero el buen sentido no va siempre ligado al buen gusto. Se le hacen reformas que menoscaban su mérito tradicional y le suprimen la gracia y el encanto de sus bellos tiempos. Se siembran árboles y flores con especial sentido de la anarquía. Sólo la llegada de la Conferencia Panamericana, y el ojo certero de sus directores, devuelve a la quinta su viejo aroma y le re-crea, por decirlo así, su verdadera personalidad.

Hoy se levanta despejada, libre de plagas memorativas que no tenían razón de ser, regada por los riachuelos y cascadas que orquestaban los paseos bolivarianos, se han sembrado nuevos alcaparros; se remozó la cocina, fué reconstruído el mirador, lugar de meditación; se replantaron los rosales de los quioscos, y macetas de geranios rodean la alberca que servía de piscina. Los visitantes de la Conferencia podrán apreciar este discreto, pero al fin y al cabo tesoro histórico, que evoca tantas glorias de nuestros anales políticos.

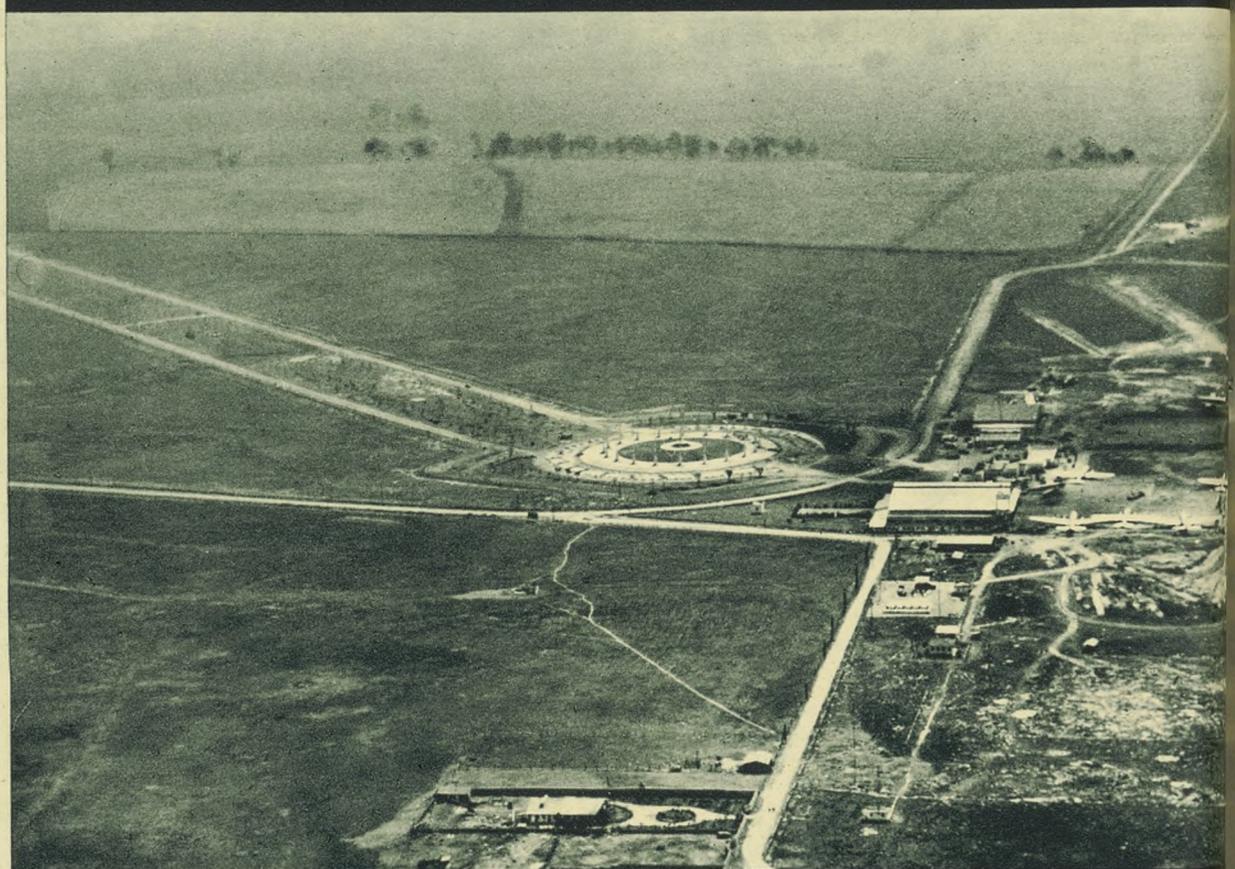
EL TEATRO COLON

Al realizar esta especie de recuento de las obras que se realizan con motivo de la Conferencia Panamericana y de los edificios, objeto de refecciones, tropezamos con la política. Aun cuando se trate de espectáculos o de teatros. El Colón tuvo de antecesor, o de padre putativo, al Coliseo Maldonado, propiedad de don Bruno Maldonado. Por los tiempos de 1846, el Coliseo distaba mucho de serlo y sus asistentes también distaban de ser verdaderos aficionados al teatro. Vinieron los años de 1885 y el Coliseo servía de lugar para "míftines" contra el presidente Núñez, quien había dado un paso de tal valor civil, que salvó a la República de trastornos y conmociones. El presidente Núñez, ordenó que, en sustitución del Maldonado, se construyera un teatro, para bien del arte nacional. Don Pedro Cantini, italiano, quien ejercía algo así como el mando supremo de la arquitectura bogotana, fué llamado para construir el Colón. Se encargó un telón de boca al pintor Gatti y fué considerado como obra maestra y envidiado por empresarios y gentes del oficio. No podía ser obra distinta a "Hernani"—el romanticismo estaba en su apogeo—la escogida para inaugurar el teatro, en la noche del 27 de octubre de 1895. Augusto Azzali y su compañía abrieron la temporada. Los grandes nombres del teatro se suceden y ocupan las tablas del Colón: Paco Fuentes, Bernardo Jambrina, Virginia Fábregas, María Guerrero, Gonzalo Gobelay, Titta Ruffo, Lázaro, el famoso empresario Adolfo Bracale, Ricardo Calvò, Irene López de Heredia, Ernesto Vilches, González Marín...

Hace dos años, se celebró el cincuentenario del Colón, y los conocedores de su historia no recuerdan que se hubieran hecho ni las más modestas reformas en su arquitectura o decoración. Como es natural, durante el tiempo que dure la Conferencia Panamericana, el Colón ofrecerá un amplio y brillante repertorio teatral. En consecuencia, se ha procedido a la recompostura de la fábrica: el frente, se cambió radicalmente, reconstruyéndolo en piedra; se comunicaron



De arriba a abajo: Tres vistas aéreas de la Avenida de las Américas, que se construye en Bogotá. La primera y la segunda



recogen dos sectores de esta Avenida, y la tercera, el "Rond-Point", donde se levanta el monumento a los descubridores



las taquillas con el salón de entrada; se colocó piso de mármol al "hall"; el "plafond" ha sido retocado; los camerinos, completamente modernizados... Ahora, el Colón queda a la altura y en algunos casos por encima de las más famosas salas hispanoamericanas.

El "Ballet Theater", de Nueva York, y diversas compañías de alta comedia, actuarán en el Colón en los tiempos en que se celebre la Conferencia.

EL PALACIO DEL LIBERTADOR

Vuelve la historia bolivariana a rozarse con esta información. En este palacio—conocido en Colombia como el de San Carlos—, ocurrió la conspiración septembrina, emocionante episodio nacional. La historia de la fábrica parte de tiempos coloniales. En la calle de Las Aulas, exactamente en la carrera 6.ª con la calle 10.ª, fué edificada una casa por el arcediano Francisco Porras Mejía. La habitó hasta su muerte. Más tarde vino a manos del arzobispo Lobo Guerrero, quien la destinó a seminario. No se ha especificado de dónde le viene el nombre de San Carlos, si bien es cierto que algunos admiten que se debe a su vecindad con la antigua iglesia del mismo nombre, hoy de San Ignacio. De la casa fueron expulsados los jesuitas por Carlos III, en 1767. Cien años después amarraban los liberales en el mismo edificio a su copartidario y tormentoso presidente, general Tomás Cipriano de Mosquera. Fué seminario, cuartel, biblioteca... Allí empezó a trabajar nuestro primer periodista, don Manuel del Socorro Rodríguez. Establecida la república, se destinó a palacio presidencial. Bolívar dirigía la nación en 1828. Se estaban delineando los partidos políticos y la corriente adversa al Libertador, encabezada por el general Santander, tramó la conspiración del 25 de septiembre de aquel año. Los conjurados penetraron en el palacio a altas horas de la noche, asesinaron a los cuatro centinelas y llegaron hasta las habitaciones privadas de Bolívar. Aquí se hace histórica la figura de Manuelita Sáenz, quien, sin este dramático episodio, hubiera permanecido en las crónicas como recuerdo de un amor en la vida de Bolívar. Esa noche, Manuelita Sáenz se enfrentó a los conspiradores y, en un arranque de serenidad, trató de convencerlos de que Bolívar no se hallaba en el palacio, dando tiempo a que el Libertador saltara por el último balcón y se refugiara bajo un puente de los alrededores. La salvación fué milagrosa. El palacio del Libertador siguió siendo de los presidentes, hasta el año 1905, en que, por orden del general Reyes, se destinó a Cancillería, hasta octubre de 1943, en que se terminó el edificio construido exclusivamente para Ministerio de Relaciones Exteriores, y pasaron al palacio diversas oficinas de gobierno. Ahora encuentra su misión definitiva: hogar de los cancilleres colombianos.

Previa una transformación en el sentido de que vuelve a ostentar su carácter de épocas coloniales. A la entrada se levantan nuevas arcadas, en piedra. Enrejadas las ventanas, suprimidas oficinas de la planta baja y sustituidas por amplias habitaciones para secretarios de misiones; al fondo un salón y el bar. En el segundo piso se conserva intacto el Salón Amarillo que era el de recepción de los presidentes; vienen salas de recibo y dormitorios; sigue la glorieta, bellamente decorada, y las habitaciones que fueron del Libertador y Manuelita Sáenz;



magnífica residencia "El nogal" que, como otros muchos palacios, ha sido arrendado



para alojar a las delegaciones extranjeras que acuden a la Conferencia panamericana.

por el balcón de la última de estas habitaciones salvó la vida Bolívar, la noche de la conspiración. Al frente, un amplio y hermoso comedor, pintado el «plafond» en oro, blanco, rojo y negro. Lo preside un gran retrato del Libertador. Si el presidente Truman asiste a la Conferencia Panamericana, habitará el palacio.

AVENIDA DE LAS AMERICAS

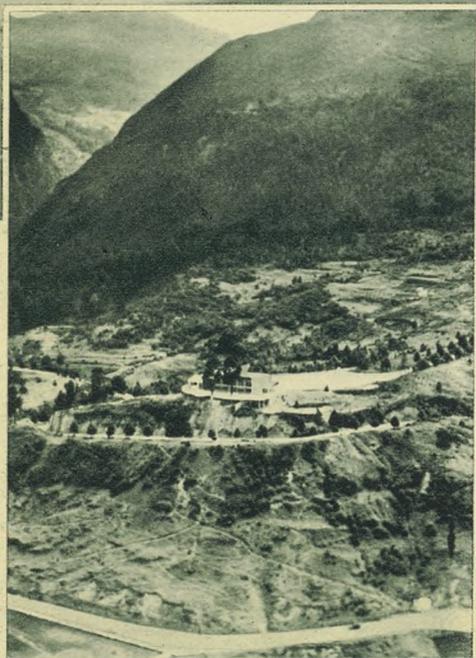
Deseos no faltaban a los proyectistas colombianos de construir una avenida de nobles proporciones que al mismo tiempo que fuera sitio de recreo produjera en el visitante que llega una generosa impresión. La Avenida parte a la ciudad, arrancando de la calle 26 hasta el aeródromo de Techo. Se han construido monumentos que pasan a enumerarse: el "Rond Point" de Techo, a la salida del aeródromo de la Avianca. El viajero tiene un primer realce: se levantan 21 mástiles donde se izarán las banderas de las Américas; en el mástil del centro va la de Colombia; constituyen el basamento de cada uno de los mástiles artísticos desnudos tallados en piedra. Siguiendo la avenida hacia Bogotá, se construyó el intercolumnio que precede a la Diosa del Agua, escultura que descansa en el estanque de piedra. En el centro de la Avenida, otro "Rond Point", destinado a honrar la memoria de Isabel la Católica y de Colón. Es el monumento a los descubridores. El pedestal de las estatuas va en mármol verde oscuro; sobre su plataforma será instalado un potente reflector de tres mil vatios. Amparan a las estatuas dos obeliscos de piedra, de 38 metros de altura, cuyas estrías irán recubiertas en láminas de bronce. Un tercer "Rond Point" sirve como de terminal a la Avenida, donde se colocará la estatua de Artigas, obsequio a Bogotá del Gobierno uruguayo.

(Digresión académica y que se consigna a título de curiosidad: celosos guardianes del idioma—justamente sorprendidos—han atacado el empleo de las palabras "Rond Point". ¿No habrá, en castellano, equivalentes para que no tengamos que apelar a socorridos neologismos? Los expertos nos ofrecen dos vocablos: semeiófero y peribléptico. Que los académicos ordenen, y los periodistas marchemos)

Al lado y lado de la Avenida, un paisaje de pequeños bosques y jardines exorna el paseo; árboles autóctonos: borracheros, cerezos, chilcos, arrayanes. Lagos circuidos de juncos, cañabravas, morales. No se presenta la obra como maravilla mundial, pero sí dentro de su buen gusto y en proporción de la ciudad, es motivo de orgullo, más aún si se destaca el tiempo angustioso de que se dispuso para ésta y demás realizaciones con ocasión de la Conferencia.

EL PANOPTICO

Lleva este nombre por razones obvias: hasta hace dos años fué la prisión central. Situada entre las calles 27 y 30 de nuestra carrera principal, la séptima, se recuesta a un lado de la vía, en construcción medieval, a cuya estructura no le falta sino el lago erizado de caimanes para identificarla con célebres sitios de reclusión. Prisioneros políticos fueron encerrados en sus celdas. La página histórica más reciente se escribió en 1945, cuando se amotinaron los presos militares del golpe de cuartel contra el ex presidente López ocurrido el 10 de julio de 1944. Un año después se resolvió destinar



Arriba: El Panóptico de Bogotá, destinado ahora a museos y salas de conferencias. El edificio fué restaurado totalmente con motivo de la Conferencia.—En el centro: Enclavada en una de las estribaciones del cerro de Guadalupe, la hostería del "Venado de Oro".—Abajo: Pista de baile en la misma hostería.

el edificio para colegio femenino; y con oportunidad de la Panamericana se procedió a transfigurararlo, para salas de museos, conferencias y oficinas de índole cultural. Se han ampliado salones; se derribaron las celdas para dar campo a amplios corredores y oficinas; fué cambiado totalmente el piso, con nuevas losas. Y se construyeron dos amplios pabellones, con arcadas de piedra labrada.

EL CAPITOLIO

El general Mosquera echó los cimientos de nuestro capitolio nacional. Está situado en la plaza principal de Bogotá. De orden jónico, es el edificio más severo y significativo en la vida política de la nación. Ocupa una manzana completa. Una amplia escalinata da acceso a su entrada. En el primer patio aparece la estatua del general Mosquera. En el opuesto, la del doctor Rafael Núñez, conocido en nuestra historia como el Padre de la Regeneración. Paradojas del destino político: ambos encabezaron en sus respectivas épocas grandes evoluciones doctrinarias. Pero más honda y trascendental la de Núñez. En el capitolio se reúne el Parlamento: la Cámara de representantes y el Senado. Para sesiones de congreso pleno existe un salón central, elíptico.

Tres pisos o plantas tiene el capitolio, destinadas para oficinas ministeriales y de diversa índole, como la Corte Suprema de Justicia. Ahora servirá de cuartel general a la Conferencia Panamericana. El capitolio, antes de gozar de las transformaciones que se han realizado, presentaba un aspecto triste; hay que confesar que se le había descuidado. Lo salvaba la imponencia de su construcción, y la aureola histórica. Los directores de la labor preparatoria de la Conferencia lo dotaron de galas correspondientes a su misión y blasones. Remozados los pisos; completamente cambiadas las losas de las escalinatas, con piedra nueva; sustituidas puertas y ventanas, pintadas en blanco con marcos dorados; como base para la reforma, se deshacieron oficinas ministeriales; se importaron arañas de cristal para todos los salones; la modernización de las salas de trabajo, da otro aspecto al capitolio; el salón central o elíptico fué decorado con frescos de Santiago Martínez Delgado, artista nacional. En los sótanos—que en otro tiempo guardaban archivos y documentos—se construyó un amplio restaurante, dotado a "todo confort", si no herimos los oídos académicos. Los delegados a la Conferencia tendrán uno de los mejores edificios de América, para el cumplimiento de su labor, que señalará otra fecha magna, en punto de asambleas hispanoamericanas.

EL VENADO DE ORO

Primero la leyenda: Un soldado español cometió un crimen y las autoridades de la Real Audiencia lo perseguían tenazmente. El soldado se refugió una noche en una de las faldas del cerro de Guadalupe. Escondido entre los pajo-

nales, halló una cueva, en cuyo fondo encontró un inmenso venado de oro, abandonado posiblemente por los chibchas. Vacilante, pensó en regresar a la ciudad, referir el hallazgo y comprar su libertad a precio de oro. Pero temeroso de los alguaciles, optó por romper los cachos del venado, repletarse los bolsillos con parte del tesoro y huir hacia los llanos. A la madrugada disimuló la entrada de la cueva, y para descubrirla más tarde, clavó la daga frente del escondrijo en tal forma que parte de la empuñadura señalara la espadaña de la Capilla de Guadalupe, y la otra, la espadaña de la iglesia de la Veracruz. Vivió en los llanos con el oro de los cachos del venado, y, pasados los años, olvidado ya el crimen, regresó a Bogotá en persecución del venado. Inútilmente buscó la cueva y los santafareños comenzaron a sorprenderse del hombre que vagaba por las faldas de los cerros. El soldado narró su historia, y como es natural los habitantes acuciosos en vano contribuyeron en la búsqueda del célebre venado, cuya leyenda supervive en las crónicas bogotanas.

Enclavada en una de las estribaciones de Guadalupe, se ha levantado la "Hostería del Venado de Oro", restaurante campestre construido especialmente para la Conferencia Panamericana y, desde luego, para lugar de esparcimiento de los bogotanos. Su arquitectura es moderna, con dos salientes en la terraza, por donde asciende un par de hermosos eucaliptos. Desde la terraza se domina la ciudad. A la entrada de la hostería se construyó una amplia pista, en cuyo centro irá el venado, sobre un pedestal, en recuerdo de la leyenda; el restaurante cuenta con todas las comodidades, comedores, pista de baile, etc. Con la hostería finaliza el recuento de las obras.

Se ha llevado a cabo la labor durante dos años escasos de trabajo continuo. No se ha relatado la tarea de demoliciones, reparación de edificios, apertura de nuevas vías, arreglo de avenidas y parques, ampliaciones de calles y obras complementarias, en honor de la brevedad, pero puede asegurarse que la arquitectura y "presencia" de Bogotá han dado su vuelco total.

El doctor Alberto Lleras designó como presidente de la Comisión Preparatoria de la Conferencia, al doctor Laureano Gómez, director de "El Siglo", y jefe del partido conservador colombiano. El doctor Gómez dedicó, desde un principio, casi todo su tiempo a esta labor que ahora culmina con pleno éxito, gracias también a la colaboración de distinguidas figuras nacionales, pertenecientes a todos los partidos políticos. Porque si otro aspecto debe subrayarse, es el de que en la ejecución de las obras estuvo ausente el criterio banderizo y se fijó el rumbo en dirección al servicio patrio. El país así lo ha visto, así lo reconoce y así se apresura a consignar su testimonio de gratitud para los directores de esta empresa, exclusivamente nacional.

ARTURO ABELLA RODRIGUEZ
(Redactor-jefe de «El Siglo», de Bogotá)